

MAMMA SO
50



LEYENDAS PERUANAS

Por JOSE ALFREDO HERNANDEZ

COMO un trasunto de viejas épocas, en las que los dioses se movían entre los hombres y los animales hablaban, se puede ofrecer la antiquísima leyenda recogida en Huarochirí, Departamento de Lima, por don Francisco Dávila, cronista, que fuera párroco de la dicha doctrina de Huarochirí: El dios Corinaya gustaba de andar tan andrajoso y miserable, que aquellos que no sabían quién era le zaherían e insultaban. Existía por ese mismo tiempo una hermosísima doncella que se llamaba Cahuillaca, muy solicitada por muchos príncipes y donceles; mas ella era tan esquiva, que nunca accedió a las amorosas súplicas. Un buen día, estando Cahuillaca tejiendo junto a un joven árbol de lúcumo, el dios Corinaya se convirtió en un precioso y finísimo pájaro y, cogiendo un lúcumo, puso en él su simiente generativa, dejándolo caer a los pies de la bella Cahuillaca, quien, tomándolo del suelo, lo comió con gran deseo y gusto, quedando inmediatamente preñada, sin más obra de varón. A su tiempo alumbró un niño, permaneciendo milagrosamente virgen. Cahuillaca lactó al niño, sin saber quién era su padre, ni sabiendo cómo lo había concebido. Al cabo de un año, cuando el niño comenzaba a caminar, Cahuillaca convocó una junta de los ídolos y gente principal de la tierra para que dijese quién era el padre del niño. La noticia produjo gran revuelo y alegría de todos, y cada mancebo y huaca trató de adornarse y vestirse lo mejor posible, a fin de parecer perfectos ante los ojos de la linda Cahuillaca.

La junta se realizó en Anchicocha, un pueblo distante entre Chorrillos y Huarochirí. Allí tomaron asiento todos los jóvenes convocados, luciendo sus más codiciadas galas y preseas. Cahuillaca les dirigió la palabra, diciendo: «Os he convocado, varones y gente principal, para que sepáis que estoy muy cuidadosa y apenada de haber parido este niño, que llevo en mis brazos hace ya más de un año, y aun no sé, ni he podido saber, quién fué su padre; bien sabéis vosotros que yo nunca conocí varón ni he perdido mi virginidad; así, pues que aquí estáis todos los mozos y varones de esta tierra, y de nadie, sino de uno de vosotros, puede ser. Pido al que hizo el daño lo diga y reconozca a este niño por su hijo.» Todos guardaron silen-

cio, mirándose unos a otros para ver quién se daba por padre del menor. Nadie lo hizo; mas al final de todos los convocados dicen que estaba, como postergado, en su hábito de pobre, el dios Corinaya, quien ni siquiera fué mirado por la altiva Cahuillaca.

En vista del silencio, Cahuillaca dijo: «Pues si todos calláis y no queréis responder, yo soltaré al niño para que él vaya y por instinto reconozca a su padre, que, sin duda, ha de ser aquel adonde el niño primero llegue y se enderece.» El niño fué soltado, y arrastrándose, y sin detenerse ante alguno, llegó directamente hasta donde estaba Corinaya, pobre y mal vestido, y ante él sonrió alegremente y, asiéndose de su pierna, trató de enderezarse. La hermosa Cahuillaca enfureció de mala manera; avergonzada, tomó al niño y, volviendo las espaldas, se fué huyendo hacia el mar...

El Corinaya, presto, cambió sus harapos por vestidura de oro y siguió a la princesa clamando su amistad, ante la admiración de los demás jóvenes dioses, que estaban absortos del resplandeciente cambio del Corinaya Viracocha. En su persecución iba declamando a gritos a la hermosa sus endechas de amor. Todo él resplandecía en luminosos destellos, que llenaban de claridad el camino; pero Cahuillaca no volvía el rostro ni respondía a sus querellas; sólo lamentaba haber sido poseída por hombre tan sucio y descuidado. Cahuillaca no se detuvo hasta llegar frente a las playas de Pachacamac; allí, ella y su hijo se lanzaron al mar, convirtiéndose en dos grandes piedras, que, a modo de islotes, se pueden aún hoy ver desde dicho santuario.

Corinaya deliraba a lo largo del camino, suplicante; mas ella no le escuchaba ya. Entonces apareció un cóndor, a quien preguntó Corinaya por la dicha princesa, a lo que el cóndor contestó que si se daba un poco de prisa, la alcanzaría, pues no muy lejos estaba. El dios le agradeció y lo bendijo, facultándole para que pudiera volar a su albedrío por todas partes, atravesar punas y valles y vivir en lugares altos e inaccesibles, comer las llamas y vicuñas, los corderos y animales que sus dueños descuidaran. Prosiguiendo su camino, halló a una zorrilla, a la cual le preguntó también



por Calhuillaca. Esta le dijo que en vano se apuraba, pues ya la princesa se había distanciado mucho y sería muy difícil de alcanzarla. El dios, enfurecido, le ordenó que jamás apareciera de día entre las gentes, que fuera posesa del mal olor y de la hediondez y perseguida por las gentes de todas partes. Más allá encontró a un león; éste le manifestó que la enamorada fugitiva iba muy cerca aún, que era casi seguro que momentos después la obtendría; premió el dios al león, donándole el respeto de todos los demás animales; lo instituyó verdugo y castigador de la gente mala y lo autorizó a comer llamas de los indios pecadores. Y para después de la muerte del león ordenó que todos disecaran su cabeza, y su piel la aderezaran y curtiesen para llevarla con orgullo en los bailes y ceremonias. Unos momentos después halló un zorro, quien le dió malas noticias sobre el avance de la indignada Calhuillaca, por lo cual lo denostó y maldijo: «Yo mando se te persiga, y que las gentes te apuren y te corran a palos, y que a tu muerte se bote tu pellejo y te pudras para siempre.»

Como un gavilán le diera mejores nuevas, le consignó las siguientes mercedes: comer las aves pequeñas y, sobre todo, el dulce pajarillo *quenti*, que es una avecilla que se sustenta del rocío de las flores, y ordenó que el hombre lo honrara a su muerte, llevando en los bailes y ceremonias su cabeza disecada. Unos papagayos que le dieron noticias negativas sobre la persecución fueron maldecidos, y se les mandó que jamás podrían comer tranquilos, ni ocultos, ni seguros, pues sus propios gritos y estridencias los denunciarían, siendo odiados por todos los hombres; y de esta manera, preguntando a uno y otro por la fugitiva Calhuillaca, llegó hasta el mar. No hallándola, retornó para siempre a la sierra...

* * *

«El mito—dice el doctor Honorio Delgado—es la simiente de la Historia»; oyendo la leyenda de los hermanos Ayar, se comprueba la profundidad y justeza de este aserto. Según Bernabé Cobo, «después del Diluvio universal, en que perecieron todos, los hombres salieron de una cueva que está en el asiento de Tampu o Tambo, llamado Pacaric-Tampu, en el que existe una ventana de piedra, que es la boca o respiradero de la referida cueva. Salieron de allí los cuatro hermanos Ayar, que iban a ser los fundadores del imperio. Uno de ellos se llamaba Manco Capac, y los otros, Ayar Uchu, Ayar Cachi, Ayar Cuca y Ayar Rahua, con sus cuatro mujeres. Respecto al origen de ellos, no concuerdan los cronistas, pues algunos dicen que se decían venidos del Titicaca, donde se habían cobijado para librarse del Diluvio, y de allí los trajo el Hacedor por las profundidades de la tierra hasta salir por aquella cueva de Pacaric-Tampu. Con ellos venían las semillas y alimentos que les había dado el Hacedor; todos tomaron el camino del Cuzco. El acuerdo mutuo y con el Hacedor, era que allí donde se detuviesen por el cansancio hiciesen su asiento y habitación. Llegando al cerro Huanacaure, el hermano mayor arrojó con su honda cuatro piedras hacia las cuatro partes del mundo y tomó posesión de la tierra».

José de la Riva Agüero, maestro ilustre y dilecto historiador, estima que en la leyenda de los hermanos Ayar, ellos representan emigraciones de tribus. Que el número cuatro es un número mítico; para ello recuerda que cuatro fueron los barrios del Cuzco, cuatro las regiones en que los incas creyeron dividido el mundo y cuatro también las partes en que se dividió el imperio. «En realidad—dice Riva Agüero—, las emigraciones de las tribus fueron más de cuatro; es muy seguro que llegaron a diez.»

Nuestro cronista mestizo Garcilaso de la Vega dice haber oído de boca de sus mayores la misma fábula, mas apareciendo tan sólo muy sugestivas variantes: «El Sol, que era padre de todos los hombres, viéndolos en tal miseria y desgobierno, se apiadó de ellos, enviando del cielo un hijo y una hija suyos para que los adoctrinaran y les enseñasen a vivir en casas y pueblos, labrasen la tierra, cultivasen las plantas, domesticaran los animales salvajes y se aprovecharan de ellos, así como de los frutos silvestres de la tierra, ya como hombres racionales y no como bestias. Esta pareja salió del lago Titicaca, con la orden que dondequiera que aposentasen para el descanso o la comida hincaran una barreta de oro que el Sol les había dado, que medía media vara de largo, y de ancho, dos dedos, y allí donde se les hundiese de un solo golpe, allí querría el Sol que hiciesen su sede y corte.»

Dadas estas instrucciones, el Sol despidió a sus dos hijos. Salieron ellos del Titicaca y caminaron al Septentrión, y por todas partes que paraban tentaban de hundir la barra de oro, y nunca lograron este propósito; así hasta que llegaron a una tienda o paraje pequeño, que está siete u ocho leguas del Cuzco, y que se conoce con el nombre de Pacaric-Tampu.»

Esta misma leyenda la trae el cronista Cabello de Balboa. Y es interesante, porque sugiere que el solar de los fundadores del imperio incaico no fué el Cuzco, sino la meseta del Collao, tesis que comienza a tener valimiento entre nuestros estudiosos.

El mismo Cabello de Balboa trae una preciosa leyenda que relata la llegada de emigrantes a la costa peruana. A punto cierto nadie sabe la nacionalidad de estos viajeros. La leyenda, que es brillante como una joya, dice, más o menos, así: «Los indios de Jayanca, Motupe y Lambayeque cuentan que, en época muy lejana, llegó una gran flota de balsas. Llevaba la jefatura un hombre de gran talento y de valentía llamado Naylamp; venía acompañado de un séquito riquísimo; su esposa se llamaba Ceterni; traía consigo un gran número de concubinas, un cuerpo de oficiales principales de su casa, entre los que se encontraba Pitasofi, su tocador de trompetas o de conchamarina, instrumento muy estimado por los indios; Ninacoya, que estaba encargado de su litera y de su trono; Ninagentue, su copero; Fongasigde, que estaba encargado de repartir polvos de conchas

por los lugares que él pasaba; Ochocalo, su cocinero; Sam, que cuidaba con esmero de las grasas y los colores que su señor usaba en el rostro; en fin, Ollopcoppoc, que le preparaba sus baños; Llapchilully, que hacía túnicas y vestidos de plumas, muy estimados de esa época.

Naylamp desembarcó con su deslumbrante cortejo en la desembocadura de un pequeño río llamado Faquisllanga. Abandonaron los inmigrantes sus balsas y se establecieron en el país, y construyeron, a una media legua de allí, un templo, que nombraron Chot, colocando en él un ídolo que habían llevado con ellos y que representaba la imagen de su jefe. Lo habían confeccionado de una piedra de color verde, y se llamaba Llampallec, que quiere decir figura o estatua de Naylamp.

El príncipe Naylamp murió después de un fructífero y largo reinado, dejando muchos hijos por doquier. Pero como querían demostrar que era inmortal, se difundió la voz de que por su poder le habían crecido alas y había volado al cielo.

Aun hoy brillan de labios indios estas leyendas. Su relación y parentesco con los mitos y leyendas que antaño recogieron los cronistas son manifiestos. Hasta hoy late el viejo clima; los cerros hablan entre sí, tienen sangrientas refriegas, hacen apuestas. Viven. El arroyo, el trueno y el arco iris son personajes eternos en este maravilloso escenario mítico. Sirvan de ejemplo dos leyendas recogidas por Arturo Jiménez Borja. Para mayor diaphanidad de la exposición, ofreceré, a modo de comparación, otras dos leyendas obtenidas por los antiguos cronistas españoles, y entre unas y otras se podrá advertir el parentesco evidente y que huelgan los comentarios.

Dávila Briceño, primer corregidor de Huarochirí, tomó una leyenda que relata la lucha entre los dioses Pariacaca y Huallallo. El primero es un nevado que existe en Yauyos, Departamento de Lima; dice así:

«... tres días con sus noches peleó el Pariacaca con el Huallallo y lo venció, echándolo a los Andes, que son unas montañas de la provincia de Xauxa, haciéndose el Pariacaca la sierra y alto pico de nieve que es hoy; el Huallallo, otra sierra de fuego, y así pelearon; y el Pariacaca echaba tanta agua y granizo, que no lo pudo sufrir el Huallallo, y así lo venció y lo echó adonde es; y de la mucha agua que le echó encima, que quedó aquel lago que hoy es, que llaman de Pariacaca, que es el camino real que va al Cuzco desde los Reyes.»

La leyenda de «Los dos Urcos», recogida en Laraos, provincia de Yauyos (Lima), por Arturo Jiménez Borja, dice así:

«Atachuco y Tunsho-huanca son dos cerros. Atachuco es alto y hermoso. Tunsho-huanca es menor, y está colocado un poco atrás, como enojado. Hace años los dos urcos eran iguales, sólo que Tunsho-huanca era muy atolondrado y hablador; siempre estaba presumiendo: «Yo soy fuerte. Yo soy grande...»

Atachuco se cansó de oír siempre lo mismo y dijo a Tunsho-huanca: «Mejor será correr día y noche sin descanso hasta saber quién es más poderoso.»

Apenas salió el Sol salieron los dos urcos. Tunsho-huanca corría sin mirar el camino; por allí se le cayó un brazo; más allá perdió el otro. Atachuco avanzaba despacio. Tunsho-huanca volaba. Por allí se le cayó una pierna; más allá, la otra... Entonces se detuvo: su corazón golpeaba como tambor grande; como pudo, llegó hasta Atachuco y ya no quiso correr más...»

Si el parecido no hubiese sido advertido, relataré una leyenda recogida por el P. Martín Morúa, que dice:

«Del valeroso infante y capitán Tupac Amaru y de sus grandes hechos.— Cuando este capitán—se refiere a Tupac Amaru—estaba en la fortaleza de Tiahuanaco, dicen que pasó un español en figura de pobre, predicando a los indios el Evangelio, viniendo a verse con el inca por el camino del Tiahuanaco. Llegó a un pueblo que se llama Cacha, donde se celebraba gran fiesta y había borrachera. El bienaventurado viajero empezó a reprender a las gentes por sus vicios y jolgorios y éstos se tornaron contra él como bárbaros y gentiles e hicieron burlas de lo que decía y burlándose de su propia persona. Salido que fué del pueblo este santo varón, cayó fuego del cielo y abrasó a todas las gentes. Ya luego quedaron abrasados y consumidos y sus edificios destruidos.»

Arturo Jiménez Borja nos relata la fábula «La laguna de Paca», recogida en Paca (Junín). Admira, pues, cómo la semejanza de estas leyendas sigue resonando a través de siglos con voz de inmarcesible frescura. La leyenda dice así:

«Hace siglos había un pueblo grande, edificado en la quebrada que hoy ocupa la laguna de Paca. Cierta vez, estando de fiesta uno de los principales del pueblo, se presentó a su puerta un anciano muy andrajoso. El viejo era Dios. Nadie le dió de beber ni de comer. Entonces, Dios visitó a una pobre viuda que vivía con dos hijas pequeñas en las afueras del pueblo. Esta mujer le dió de comer «la pobreza que tenía», y Dios lo tomó en cuenta. Cuando el anciano se despidió de la viuda le mandó que tomase el camino que sube hacia Acolla, pero que no volviese la cara atrás.

Entretanto, en la casa del hombre rico un convidado descolgó del techo un tamborcito pintado de verde y se puso a tocarlo hasta que reventó. Salíó tanta agua de la reventazón, que tapó a todo el pueblo.

La viuda y sus dos hijas subían el cerro Shujú, cuando sintieron un gran ruido, entonces volvieron la cara y quedaron convertidas en piedra. Tres son, una grande y dos pequeñas. Están en la cumbre del Shujú como quien va de Paca hacia el distrito de Acolla.»

Así, a través de los siglos, sigue corriendo con cristalina voz la leyenda, que hace conocer entre la patinada atmósfera en que se desarrolla cómo y de qué manera pensaban y soñaban los viejos del pueblo del Perú.

